

# *Sobre los fenómenos de lenguaje<sup>1</sup>*

Marc Richir

(traducción por Pablo Posada Varela)

Por fenómenos de lenguaje entendemos aquellos fenómenos – pertenezcan o no a la expresión lingüística – donde, con arreglo a ciertos encadenamientos, un sentido (“du sens”<sup>2</sup>), que, de forma fugaz, ya se ha entreabierto para sí mismo, busca estabilizarse o “poseerse”. Por simplificar, partiremos aquí del análisis fenomenológico de lo que sucede cuando, habiendo tenido el presentimiento de un sentido, me pongo a hablar (o a escribir) para *decirlo*. Con vistas a este análisis, es necesario, de entrada, poner fuera de juego dos representaciones tradicionales : la primera, que la palabra se desenvuelva en un decurso temporal continuo, rebotando de signo lingüístico en signo lingüístico como de presente en presente, según un flujo de presentes sucesivos, y en cierto modo resultando, el sentido por decir, de una síntesis de estos presentes, operada por la conciencia. La segunda, que cada signo tuviera, como significante, su significado propio, ser, cosa o acción existente en lo real o representada por la imaginación, como si, en su desarrollo, saltando de presente en presente (o de quasi-presente en quasi-presente en la imaginación), el sentido haciéndose fuese saltando de seres, cosas y acciones en seres, cosas y acciones. Este tipo de partición (“découpage”) sólo es

---

<sup>1</sup> (NdT): Este texto pertenece al primer capítulo de la primera sección de la obra de Richir *Fragmentos fenomenológicos sobre el tiempo y el espacio*. Hemos escogido traducirlo porque tematiza uno de los fenómenos nodales de que se ocupa Richir, a saber, qué sea – qué pasa – al “tener una idea” e ir desplegándola. Ese despliegue se da con arreglo a una temporalización en presencia, muy difícil de comprender para todo husserliano de estricta observancia que crea que el fundamento de toda constitución (y fenomenalidad en general) está en la fenomenología de la conciencia interna del tiempo, es decir, en la constitución, por medio de las intencionalidades transversal y longitudinal, del flujo continuo del presente de conciencia. Es precisamente ese punto de partida el que impide captar lo que Richir quiere aquí transmitirnos, a saber, la temporalización propia – y más originaria – del sentido, que es temporalización en presencia pero sin presente asignable (temporalización en presencia pero no en, por, y a través de presentes). Multiplico los comentarios lingüísticos, propios de la traducción, por estar aún en ciernes la estabilización de todo modo de traducir Richir al castellano. Espero así contribuir a las discusiones que, también sobre el particular, tendrán lugar, muy próximamente, en Oviedo.

<sup>2</sup> (NdT): Hay ocasiones, lugares textuales, en que es muy difícil traducir – con fluidez – el partitivo francés. Esta es una de ellas. Haber obviado el “un”, con ser más fiel, hubiera hecho incomprensible el texto castellano.

válido, a decir verdad, para la lógica y para un análisis de la lengua hecho desde la institución de la lógica. Supone que los sentidos estén ya recortados (“découpés”) en unidades de lengua susceptibles de remitirse o no a estados-de-cosas determinados, es decir, en general, a objetos intencionales provistos de sentido intencional (Husserl).

Sin embargo, el sentido que la palabra busca *decir* no es, por regla general y ya de antemano sentido intencional en su acepción husserliana, pues es *a él a quien*, en su indeterminación de inicio, que es relativa, *apunta* la palabra, y no a una significación (*Bedeutung*), complejo de significaciones o estado-de-cosas. Esto implica que la puesta fuera de juego de las representaciones tradicionales debe ir a la par de la puesta fuera de juego de los signos de la lengua – así designen objetos intuidos en la percepción o en la imaginación o así sean, como dice Husserl, puramente simbólicos – e ir a la par de la reducción fenomenológica de los signos a “signos” (con comillas fenomenológicas) *del sentido* que, en el *lenguaje* parte en busca de sí mismo – toda vez que, en régimen fenomenológico, el lenguaje<sup>3</sup> debe distinguirse de la lengua, precisamente en tanto es, cada vez, aquello a través de lo cual tal o cual sentido busca, no ya “expresarse”, sino decirse. En este línea, pues, no hay, estrictamente hablando, fenómeno de lengua, sino sólo fenómenos plurales de lenguaje, y ello a pesar de que, en la palabra, estén éstos siempre acompañados por la expresión lingüística. Dicho en otros términos, no hay lingüística del lenguaje, sino precisamente fenomenología del lenguaje.

Para comprenderlo, basta, de entrada, con tener en cuenta lo que sucede cuando, viniendo un sentido a despuntar (“venant un sens a poindre”<sup>4</sup>), trato de decirlo, del peso y a pesar<sup>5</sup> de las vueltas y revueltas<sup>6</sup> de la lengua. Clásicamente, el sentido viniendo a despuntar<sup>7</sup> se designa con la idea (“tener una idea”). Sería, sin embargo, un representación ilusoria entender que la idea consiste ya en una identidad ideal, ya reflexionada (“dèjà réfléchi”), intemporal, una iluminación determinada que no habría

---

<sup>3</sup>(NdT) El “lenguaje” en sentido fenomenológico, en la acepción que toma en Richir, no es el “lenguaje” de los lingüistas, ni siquiera el de los etólogos. El artículo de L. Tengelyi traducido por Pelayo Pérez explica bien lo que, de otro modo, puede traer enormes malentendidos a la hora de comprender lo que Richir quiere analizar.

<sup>4</sup> (NdT) Dudé mucho entre otra opción de traducción: “Dando un sentido en despuntar”; y, más adelante: “le sens qui vient a poindre”: “el sentido que da en despuntar”.

<sup>5</sup> (NdT) traduce, mal que bien, “au gré et malgré”.

<sup>6</sup> (NdT) “des tours et détours”.

<sup>7</sup>(NdT) “que de repente despunta”, “al que ocurre despuntar”, “que da en despuntar”, “que resulta despuntar”.

más que “traducir” o “expresar” en lengua. Si efectivamente fuera ese el caso, no haría falta para ello la palabra sino, todo lo más, una designación puramente simbólica por medio de un “x”. El enigma del sentido que viniendo a despuntar reside, precisamente, en que, en cierto modo, ya lo “poseo” o que me encuentro ya “habitado” por ello, mientras que, en otro sentido pero correlativamente, se me escapa, es huidizo al punto de que, de alguna manera y por asegurarme de ello, me siento requerido por su despliegue en la palabra que lo diga, y que debo llevar a cabo. Ello conlleva esta cuestión capital de que, incluso en su estado más incoativo, el sentido que viene a despuntar es, de una sola atacada<sup>8</sup>, *promesa* de un sentido que no se revelará sino por mor de su despliegue y *exigencia* del mismo sentido que precisamente se trata de desplegar en fidelidad con lo que ya se hubo revelado del mismo. Dicho de otro modo, esto quiere decir que la “idea” (con comillas fenomenológicas) ya se divisa, según su promesa, en *futuro*, y según su exigencia, en *pasado*. Y, en la medida en que esta división es originaria y absolutamente interna al sentido que viene a despuntar, ese futuro es *protencional* y, ese pasado, *retencional*. Sin embargo, dado que la “idea” no es un objeto intencional (real o imaginado), dado que, por lo tanto, no está en un “presente intencional” (Husserl), no es, por sí misma, un presente (de ahí la impresión de “intemporalidad” que puede ofrecer), ni está, de suyo, en presente: las protenciones y retenciones aquí en cuestión no son pues, como en Husserl, protenciones y retenciones de un presente (vivo) sino precisamente protenciones y retenciones *internas* a la “idea”, y que la constituyen como *desajuste* (“*écart*”) *interno*, precisamente aquel que se trata de desplegar, sentido en esbozo (“sens en amorce”)<sup>9</sup> dentro de lo que es ya una presencia, ciertamente, todavía inestable, pero sin presente asignable. El sentido en esbozo ya es *temporalización* (en presencia), y esta temporalización no ha de pensarse aquí como esa otra, en continuo, propia del presente (Husserl).

Desplegar el sentido es, por lo tanto, desplegarlo en presencia sin presente asignable, ampliar, por así decirlo, el desajuste interno entre protenciones y retenciones para estabilizarlo *en vista* del sentido. ¿Pero qué decir, más exactamente, al respecto? En primer lugar, que si el despliegue del sentido (su temporalización en presencia) es posible, si el desajuste interno y originario no queda de algún modo “atascado»

---

<sup>8</sup> (NdT) “d’un seul coup”.

<sup>9</sup> (NdT) o “sentido en incoación”, “amago de sentido”.

(“bloqué”) sobre sí, es porque promesa y exigencia no sólo se reciprocán (“se répondent”) (lo son del *mismo* sentido), sino que incluso se *entreveran*: sólo hay promesa de sentido en futuro protencional (más joven) si ya está agotada en pasado retencional (más viejo<sup>10</sup>), y hay exigencia de sentido desde el pasado retencional (más viejo) si y sólo si aún queda en ella algo por cumplirse en futuro protencional (más joven); por lo tanto si, por un lado, el pasado es *todavía* portador de futuro, y si el futuro está *ya* llevado por el pasado, o también, si *todavía* hay algo del futuro en el pasado, y si *ya* hay algo del pasado en el futuro; o, dicho de igual forma, si las retenciones están todavía abiertas a las protenciones y si las protenciones está ya abiertas a las retenciones, “deslizándose”, por su parte, el sentido haciéndose en el interior de esta recíproca apertura, suerte de estar en falso del sentido respecto de sí mismo (“porte-à-faux du sens par rapport à lui-même”) – lo que el sentido integra por sí mismo en sus retenciones (más viejo) permanece abierto, pero sin identificar, a lo que se anuncia de suyo en las protenciones (más joven). Supone esto, *además*, una cierta “continuidad” del sentido haciéndose en su deslizamiento, y esta “continuidad”, que no es la de un *decurso* (“écoulement”) de presente, sino la de un despliegue o desenvolvimiento (“déroulement”), es aquello que constituye, no ya su identidad, que no sería más que ideal, sino su *ipseidad*: hay, al hilo de este despliegue, saturación progresiva de las protenciones por las retenciones; el pasado retencional contiene cada vez menos promesa (envejece); el futuro protencional está cada vez más lleno de la exigencia cumplida del pasado, y el pasado retencional lo está también cada vez más por las protenciones cuyas promesas se hunden en el pasado: la temporalización en presencia sin presente asignable, que lo es de las protenciones y de las retenciones, cesa, se apaga, cuando el sentido parece saturado de sí, cuando todo parece *haber sido* dicho acerca de él, a pesar de no haber, en ello, sino pura ilusión, la de la ebriedad transcendental del sentido que pareciera estar plenamente “en posesión” de sí, a pesar de que nada, *a priori*, puede detener el deslizamiento en falso (“glissement en porte-à-faux”<sup>11</sup>) del sentido, tal como aún habremos de ver. Quiero esto decir, *finalmente*, que la temporalización en presencia lo es, *a la par*, del tiempo de la presencia, del “al *mismo*

---

<sup>10</sup> (NdT) Pensar protención y retención en estos términos (en una original recuperación del *Filebo* de Platón) es una de las genialidades de este texto de Richir.

<sup>11</sup> (NdT) “Resbalón en falso” o “resbalón en desaplomo”.

tiempo” de ese tiempo que es *espacialización* (trance de desajuste (“écartement”<sup>12</sup>) dijimos) del desajuste originario entre protenciones y retenciones. Este “al mismo tiempo” es, por igual, el de las protenciones y las retenciones en sus entreveramientos (enchevêtrements), y ello al extremo de ser ya, en cierto modo, esas *mismas* protenciones y retenciones aquellas que, allá y desde el principio, en el seno del desajuste originario, se expanden (“s’éploient”) las unas dentro de las otras al hilo del despliegue del sentido – las mismas ; sin que quiera ello decir que permanezcan idénticas, sino que antes bien y al contrario, se *metamorfosean*, y que son estas metamorfosis las que constituyen los “signos” fenomenológicos del sentido.

A su vez, no puede este punto entenderse más que si se ha comprendido bien que el hacerse del sentido, el temporalizar en presencia en vista del sentido mismo, no equivale a identificarlo, sino a habitar, desde la ipseidad del sí mismo efectuante (*leistend*), este hacer, es decir, la ipseidad del sentido haciéndose<sup>13</sup>. Identificar el sentido es, efectivamente, hacerlo implosionar *prematuramente* en la identidad de una significatividad (*Bedeutsamkeit*) o de una significación (*Bedeutung*), dicho de otro modo, reflexionarlo en un medio homogéneo e indiferente a la temporalización del sentido – el medio de la conciencia clásica como flujo del decurso uniforme del presente. Supone pues, en cierto modo, “ir demasiado rápido”, querer corto-circuitar el desajuste originario mediante una “différance” ciega a la Derrida, cuyo único correlato posible es la “diseminación” de las significatividades. Así, y muy al contrario, hacer sentido no es ni “ir demasiado rápido” ni “demasiado lentamente” (lo cual haría que se perdiesen las protenciones), sino “empuñar”<sup>14</sup> (“épouser”) en cierto sentido el ritmo de temporalización del sentido en su ipseidad, es decir, acompañar, sin efectuarla del todo, la *reflexividad* propia del sentido en su *ipseidad* – reflexividad que no es, pues,

---

<sup>12</sup> (NdT) Quisimos mantener “desjuste” y “desajustamiento” no existe . “Desviación” o “apartamiento” también hubieran sido posibles; aunque dan luego menos juego en otras ocurrencias de “écart”.

<sup>13</sup> (NdT) El texto entra ahora en la esencial y difícilísima cuestión del mutuo engarce y dependencia de estas dos dimensiones propias del hacer del sentido. Dependencia mutua aunque no estabilizada pues no dejará de haber desfases múltiples, como veremos, entre instancias que no están exactamente en un mismo registro arquitectónico – la una es más arcaica que la otra – entre ambas ipseidades: precisamente por ello la concreta que ambas configuran sólo puede fenomenalizarse en parpadeo. Esta diferencia entre la ipseidad del sujeto y la ipseidad del sentido se repetirá luego, desfasada “hacia arriba” (en la arquitectónica) en el desajuste entre la reflexividad con ipseidad de un sentido y la reflexividad sin ipseidad (reflexividad de simple cohesión) del esquematismo mismo.

<sup>14</sup> (NdT) pero adaptándose, amoldándose a un movimiento que nos precede y cuya inercia no es la nuestra, viene lanzada desde otro lugar.

reflexión, y acompañamiento, éste, que es el de la vigilia o, si se quiere, el de la apercepción transcendental inmediata, la del “yo pienso” kantiano no reflexionado como tal sino propio de la conciencia que lleva a efecto el hacer del sentido. No va este último sin conciencia, ni ésta sin una apercepción transcendental que no puede proceder del sentido mismo puesto que el sentido no se hace, del todo y por entero, solo. Esta reflexividad del sentido haciéndose es lo que permite mentarlo como “el mismo”, y es ese otro nombre para lo que ya pensábamos como traslado (“report”) mutuo y de unas a otras, de las protenciones y de las retenciones.

Rondamos de muy cerca del fenómeno de lenguaje, pero sin estar aún en él del todo. Nos falta comprender las metamorfosis de las protenciones y de las retenciones y el hecho, correlativo, de que hacer sentido “tome tiempo”, es decir, precisamente, temporalice en presencia – el sentido sólo existe en esta temporalización (que también es espacialización); identificarlo, en cambio, precipita su implosión y conduce a su pérdida. Hay pues, en el fenómeno de lenguaje, algo distinto a la reflexividad en ipseidad del sentido, y que es indisociable de ello en la medida en que es ello lo único que le permite a dicha reflexividad permanecer abierta a sí misma a lo largo de su desarrollo – se trata de algo otro que, por así decirlo, preserva al sentido de su implosión identitaria. Este algo otro (*etwas*) sólo puede ser, en nuestros términos, la inocencia *del lenguaje* en cuanto al sentido, y que es aquello que lo convierte en una aventura jamás asegurada de resultados, y al albur de la cual se lleva a cabo, fenomenológicamente, una *reflexividad* (y no una reflexión) *sin ipseidad* del fenómeno de lenguaje *en su fenomenalidad*, precisamente aquello que constituye los múltiples “accidentes” inopinados de la palabra. Esta reflexividad sin ipseidad es la que, a un tiempo, constituye las metamorfosis de las protenciones y retenciones, y sub-tiende *desde el interior* la temporalización de lenguaje en presencia. Si, para hacer sentido, hay que aventurarse, es porque, en la reflexividad esbozándose del sentido, hay una reflexividad que, de puro inocente, la desborda; dicho de otro modo, un movimiento *relativamente* ciego que llamamos *esquematismo fenomenológico*, y que está, originariamente, apenas un punto en avance y un punto en retraso respecto de sí mismo, sin que este avance esté ya determinado por un *télos* y sin que este retraso esté ya determinado por una *archè*. El avance, en este caso, no promete nada sino el movimiento, pues la promesa es ciega, y el retraso no retiene nada sino, de nuevo, el movimiento, pues nada queda atrás más

que una exigencia igual de ciega. El esquematismo fenomenológico no está sometido, a nuestro ver, a predeterminación ninguna, sólo es aquello mismo donde se inscribe la temporalización/espacialización del sentido en su ipseidad, sin que ésta haya “creado” el sentido de los pies a la cabeza<sup>15</sup>. Y denominamos esquematismo fenomenológico *de lenguaje* al esquematismo de fenomenalización en que se fenomenalizan los *fenómenos* de lenguaje – indisolublemente hechos de estas dos reflexividades.

Es eso mismo lo que a su vez nos permite comprender las metamorfosis de las protenciones y de las retenciones, es decir, a un mismo tiempo, sus recíprocas particiones, sus enriquecimientos y empobrecimientos, sus cambios de “formas” – así sean éstas, como veremos, de principio a fin en el despliegue del sentido, fundamentalmente indecisas e infigurables, por siempre jamás, en intuiciones. Para afinar el análisis, debemos volver al punto de partida, al sentido en esbozo. En la medida en que el sentido – estamos ante un punto capital – no es meramente sentido de sí mismo, “créandose *ex nihilo*” (o creado por Dios) de modo incomprensible y a partir de sí mismo (o de Dios), sino que *dice* algo con sentido (“sensé”) acerca de *otra cosa* que sí mismo, el sentido no puede hallar su esbozo sino “río arriba” (“en amont”) respecto de sí, en lo que, sin ser aún esbozo del sentido en cuestión, lo es ya de sentidos plurales, esbozo de sentidos plurales indefinidos y aún en “potencialidad”<sup>16</sup>, en la frontera inestable entre lenguaje y fuera del lenguaje. Es ahí, efectivamente, donde, vistas las cosas desde el lado del lenguaje, toca éste con aquello que no es. El esbozo de sentido no es aún lenguaje en la medida en que no se ha dado aún en él la división o el desajuste entre protenciones y retenciones, luego en la medida en que la reflexividad que lo “descuelga” (“détache”) como tal es precisamente aquella, aún sin ipseidad, del avance y retraso de origen (“avance et retard à l’origine”) de orden esquemático ; esta reflexividad remite, no ya a protenciones y retenciones de un sentido haciéndose, sino a premoniciones transcendentales esquemáticas sin *télos* de lo por siempre jamás inmaduro y a reminiscencias transcendentales esquemáticas sin *archè* de lo ya por siempre jamás inmemorial, es decir, a lo que llamamos horizontes proto-temporales (proto-espaciales) de pasado y futuro transcendentales esquemáticos que no son *a priori*

---

<sup>15</sup> “De toutes pièces”. Suele traducirse esta expresión por “de cabo a rabo”, pero hemos preferido “de los pies a la cabeza” porque lo importante no es tanto la exhaustividad cuando el hecho de estar, el sentido, “ya armado”, “ya listo”, “acabado”.

<sup>16</sup> Se verá luego el motivo de estas comillas fenomenológicas.

los de un sentido o sentidos habiendo sido ya – o todavía por ser – en presencia. Esta reflexividad esquemática de lenguaje, an-árquica y a-teleológica, se pone en juego mediante el cortocircuito no indentificante de la reflexividad con ipseidad del sentido haciéndose, y consiste en abrir los horizontes proto-temporales esquemáticos a los horizontes temporales (protenciones y retenciones) del sentido haciéndose. Este cortocircuito de la reflexividad con ipseidad del sentido hace que, todo de un vez, los esbozos de sentido lo sean de sentidos *a priori* múltiples, pero cuyas posibilidades no se hallan *a priori* inscritas en ellos, y que estos mismos esbozos, que las más veces suelen abortar, se abran a la sima (“béance”) de un pasado transcendental que jamás tuvo lugar y de un futuro transcendental que jamás lo tendrá, “lugar”, este, que es el de la masa del lenguaje como masa incoativa y *a priori* indeterminada de los fenómenos de lenguaje. En este sentido, el todo del lenguaje está, cada vez, en tal o cual esbozo de sentido, aunque sin estar ya, en este caso, como sistema de posibles que se dejara censar o “calcular” puesto que ese todo estaría, por así decirlo, *en ausencia*, como transposable (Maldiney) respecto de toda posibilidad que no puede ser, vez a vez, sino posibilidad propia del sentido partido a la búsqueda de sí mismo. Con esto decimos, pero en otros términos, que el esbozo de sentido es, en cierto modo, “polisémico” en transposibilidad, sin que dicha “polisemia” se deje inventariar. Y decimos también que, en el tránsito del esbozo de sentidos plurales al sentido singular esbozado, será uno de entre los sentidos transposables, mientras parpadean todos en su incoatividad profundamente inestable, aquel que, de suyo, se instale en su propia posibilidad, la cual es ya esbozo de su propia temporalización en presencia, aquello a través de lo cual la sima inconmesurable se metamorfosea en desajuste originario entre protenciones y retenciones. Por decirlo de otro modo, este paso es aquello mediante lo cual éstas se engarzan (“s’acrochent”) a algo que no es ya de su mismo registro.

Urge pues subrayar con fuerza que, si nos atenemos a la masa fenomenológica del lenguaje, los esbozos de sentido son por necesidad originariamente *plurales*, tan *plurales* como los fenómenos de lenguaje, y que es su pluralidad originaria la que queda puesta en juego siempre que se da esquematización en lenguaje, esquematización que abre a la reflexividad con ipseidad del sentido haciéndose. Significa esto que si el sentido en esbozo parte en busca de sí “cazando al vuelo” (apercibiendo) alguno de sus sentidos transposables en tal o cual esbozo de sentidos plurales e instalándolo en su



propia posibilidad, y si, de este modo, abre al doble traslado<sup>17</sup> (“report”) recíproco entre protenciones y retenciones según el movimiento descrito, éstas, que son mutuas aperturas a la posibilidad del sentido, permanecen también transpasibles (Maldiney) a los esbozos transpasibles de sentido del lenguaje que, por así decirlo, “juegan” a sus espaldas (“à leurs revers”), les “influyen a distancia” por debajo o por detrás, parpadean en entre-apercepciones plurales dentro de la apercepción del sentido, y son siempre capaces de “descaminar” (“dévoyer”) el sentido en su hacer, precisamente en tanto en cuanto no está asido o fijado como identidad<sup>18</sup>. A raíz de ello, incluso cuando tengo una “idea” bastante precisa de un sentido por hacer, esta “idea”, que no es identidad, resulta todavía lo suficientemente inestable y fugaz como para que marre su despliegue temporalizante o, peor aún, crea haberla desplegado como tal cuando, en el fondo, no he hecho sino desplegar otra, y donde ningún criterio permite, aquí, estar en cierto sobre la “verdad” del despliegue, y tanto menos por cuanto, además, resulta que, en el otro polo, el de la identidad, siempre aguarda amenazante la ilusión de la ebriedad de un sentido ilusoriamente poseído, por entero y sin resto. Por decirlo de otra forma y más brevemente, ir a la búsqueda de un sentido por hacer es siempre *salir a la aventura*.

Precisamente merced a la transpasibilidad remanente del sentido haciéndose, y, en ello, a sus protenciones y retenciones, sufren éstas, al hilo de su despliegue temporalizante, metamorfosis varias. Metamorfosis que se vuelven, de alguna forma, inevitables, a raíz de la necesidad de negociar con los extravíos siempre posibles del sentido, de mantener la posibilidad del sentido en su instalación, de impedir que tal o cual esbozo transposable de sentido se transmute, sin solución de continuidad, en posibilidad parásita de otros sentidos convertidos en posibles gracias a esta mutación. Hay que mantener el rumbo a través de los accidentes, siempre posibles, del despliegue – en el habla, cambiar de palabras, usar del matiz, abordar el asunto (*Sache*) de otro modo, evitar los equívocos, controlar los bandazos. Pues, no lo olvidemos, en los fenómenos de lenguaje, ambas reflexividades, con y sin ipseidad, juegan juntas y se entreveran.

---

<sup>17</sup> (NdT) “Traspolación”.

<sup>18</sup> En cierto modo, el desajuste reflexivo del sentido no constituye, como en el caso clásico (y en el husserliano en particular), un “medio” homogéneo y transparente. Este “medio” sería el del simulacro ontológico.

Sin embargo, no esto todo, pues, si detuviéramos ahí nuestro análisis, nada impediría que se diera todavía la fijación prematura del sentido en identidad en tal o cual “estado” de su despliegue. Il n'y a pas que cela, cependant, car rien n'empêcherait encore, si nous arrêtons là l'analyse, la fixation prématurée du sens en identité à tel ou tel "état" de son déploiement. Está además aquello que *recorta fenomenológicamente* (“*découpe phénoménologiquement*”) – de otro modo que a través de palabras o signos – las protenciones y las retenciones desde el interior y que, unas a otras, las reabre por obra de sus parpadeos recíprocos, y de manera relativamente *discontinua*. No puede esto proceder sino del hecho de que no siendo el sentido exclusivamente sentido de sí mismo, es en cierto modo también, a pesar de todo, sentido de sí mismo; así, por el hecho de que su temporalización/espacialización lo es a la vez de sí mismo como sentido y de sí mismo como fenómeno oriundo también del esquematismo fenomenológico; o, también, por el hecho de que los “sobresaltos” (“ressauts”<sup>19</sup>) – donde algo de la transpasibilidad de los esbozos de sentido corre el riesgo de transmutarse en posibilidades – quedan a su vez distribuidos en *ritmos* de temporalización/espacialización, en áreas de condensación y de disipación – los “accidentes” con que se topa el sentido en la aventura de su hacer (“de son faire”<sup>20</sup>) resultan, por así decir, esenciales o indisociables de su despliegue temporalizante/espacializante. Pues son en rigor estos ritmos, sobre los que el sí mismo de la apercepción trascendental inmediata que hace el sentido no tiene entero poder, quienes son susceptibles de impedir la implosión prematura del sentido en identidad de significatividad, y la disipación, igualmente prematura, del sentido que, por ahí, se desvanece por extinción de su movimiento. Por ponerlo de otro modo, precisamente sobre estos ritmos habrá de “calibrarse” el “pensar” (la “pensée”) del sí mismo de la apercepción trascendental inmediata (sí mismo en vigilia) para “acompañar” con su apercepción (con su vigilia) el hacer del sentido. Se trata, para dicha apercepción, más que de hacerlos, de “empuñarlos” (“de les épouser”). Sin embargo, estos ritmos, de nuevo y en la medida en que no se sostienen más que por el entreveramiento de ambas

---

<sup>19</sup> (NdT) No es, por desgracia, la mejor traducción pues lo es de “sursaut”, que es un término que también ha usado, a veces, Richir. Falta en sobresalto el matiz de “realce” y suspensión (en y por el sobresalto). Es un término de importancia enorme par a la cuestión de lo sublime: la “ressaut” sigue el “état d'apésanteur”, el estado de ingravidez. Richir se inspira aquí de las reflexiones sobre poesía de Michel Déguy, de quien toma los términos.

<sup>20</sup> (NdT) « Quehacer » hubiera *determinado* demasiado un “hacer” que no sabe, al menos en primer término, “lo que” hay que hacer.

reflexividades, con y sin ipseidad, y en la medida en que la primera, por sí sola, se vería inmediatamente amenazada por la implosión identitaria, no pueden ser sino ritmos de *encadenamientos esquemáticos* a través de los cuales la masa incoativa de los esquematismos de lenguaje se reinscribe, ciegamente (sin *archè* ni *télos*), en tal o cual fenómeno de lenguaje, es decir, en tal o cual temporalización/espacialización en presencia de sentido. Constituyen, por así decirlo, la “sintaxis trascendental” *del lenguaje*, en sí misma inestable, móvil y por lo tanto infigurable. Esta “sintaxis”, en lugar de estar intrínsecamente ligada a tal o cual esbozo de sentido que ya fuera, en cierto modo, su poso (“*dépôt*”) sedimentado, los enlaza (“*relie*”) entre sí mediante la reinscripción, que tiene lugar en el lenguaje, del esquematismo fenomenológico sobre sí mismo. Así, y de un mismo movimiento, recorta los esbozos de sentido en términos de lo que hemos llamado *Wesen* salvajes de lenguaje y, en consonancia con la reflexividad con ipseidad del sentido haciéndose, enlaza los esbozos de sentido entre sí abriéndolos unos a otros tanto como a sí mismos como portadores de sentidos transposables; esto es, dicha reflexividad enlaza también, según sus ritmos, aquello que esos mismos ritmos condicionan, a saber, las protenciones y retenciones del sentido, como si, en el sentido haciéndose con vistas a su ipseidad, no pasara, de la reflexividad esquemática sin ipseidad (luego de la mutua transposibilidad de los esbozos de sentido) más que la rítmica, o la *armonicidad*, de las retenciones y de las protenciones en la temporalización/espacialización en presencia del sentido – esta rítmica corresponde a lo que en otro lugar<sup>21</sup> hemos llamado *Wesen* formales (y siempre salvajes) de lenguaje. Precisamente a esta rítmica – atestación indirecta del esquematismo de lenguaje – ha de adaptarse la lengua en orden a que la enunciación lingüística quiera decir algo que no sea ya ella misma. No hay pues temporalización/espacialización en presencia de un sentido sin ritmos que le sean propios, es decir, sin condensaciones y disipaciones, sin concentraciones y disoluciones que *recorten* las protenciones y las retenciones en sus metamorfosis. Desde el punto de vista arqueo-teleológico clásico, estos ritmos son significativamente inesenciales al sentido, simples accidentes de la finitud. Nosotros pensamos, muy al contrario, haber puesto de manifiesto que, sin ellos, no habría sentido, sino sólo “constelaciones” de significatividades identitarias.

---

<sup>21</sup>En nuestras *Méditations phénoménologiques*, Jérôme Millon, Coll. "Krisis", Grenoble, 1992.

Nos quedan algunas palabras por decir al objeto de precisar lo que todo esto significa más concretamente. Nos encontramos ciertamente lo más lejos posible de los hechos, de los seres y de las cosas, pero también de las percepciones y de las imaginaciones con que comúnmente nos topamos en nuestra experiencia, o al menos con que creemos topar de forma inmediata. Sin embargo, el sentido, como decían los estoicos, es “incorpóreo”. Y, a fortiori lo es el sentido haciéndose. Pretender figurarse las protenciones y las retenciones del sentido es el primer escollo a evitar, pues no sólo son *incorpóreas*, sino también y en último término *infigurables*, aunque ritmadas, al son de tales ritmos recortadas, y proteiformes (en perpetua metamorfosis). En ese sentido quedan adscritas, fenomenológicamente, y por mor de los caracteres que Husserl le reconoció, a la *phantasia*, y más en particular, puesto que hay partición (“découpage”<sup>22</sup>), a lo que llamamos apercepción de *phantasia*. Precisamente cuando se detiene sobre un presente intencional (lo cual es excepcional cuando decimos algo, un sentido, pues eso supone detener el movimiento de la palabra) la apercepción de *phantasia* se traspone arquitectónicamente, por *Stiftung* de la imaginación, en imaginación de uno u otro objeto intencional figurado en imagen. Vale decir, del mismo modo, que sin esta transposición, que lleva aparejada la cuasi-posición (Husserl) del objeto imaginado, la apercepción de *phantasia*, luego la protención y retención, es, por igual, *no posicional*. Así, el sentido haciéndose es de suyo no posicional de sí mismo, aunque una conciencia o un yo puedan siempre y por otro lado hacer posición de él; pero ello habrá de ser, claro está, enteramente desde fuera, y precisamente como sentido identitariamente implosionado (“implosé”) en significatividad. Supone esto por añadidura que, *a fortiori*, valen las mismas características tanto para los esbozos de sentido (las *Wesen* salvajes de lenguaje), que podríamos llamar entre-apercepciones de *phantasia*, como para sus encadenamientos, que serían entre-apercepciones *vacías* de *phantasia*. Todo esto habida cuenta de que las *phantasiai*, de suyo incorporales, infigurables y no posicionales, no por ello son *unleiblich* pues están adscritas, tal y como indicamos en *Phénoménologie en esquisses*<sup>23</sup>, a dos fuentes, de un lado a la *sensación (aisthesis)* en el sentido platónico así como – si no más <sup>24</sup> – a la *afectividad*, y

---

<sup>22</sup> El problema es que no podemos traducir por “recorte”; aunque “découper” sí se deje traducir por “recortar”. “Compartimentación” hubiera sido, quizá, más fiel (pero también más pesado).

<sup>23</sup> Jérôme Millon, coll. "Krisis", Grenoble, 2000.

<sup>24</sup> Cf. nuestro estudio, "Pour une Phénoménologie des racines archaïques de l'affectivité" in *Annales de phénoménologie*, 2004, n°3, pp. 155-200.

de otro al esquematismo fenomenológico. La aparición “pura” de *phantasia*, pero de ello no tratamos aquí, procedería de lo que llamamos *Wesen* salvajes de mundo fuera de lenguaje, es decir, sin reflexividad en ipseidad y, con todo, no sin el ipse posible de una cierta apercepción transcendental inmediata (sin la cual hablar de ello sería del orden de lo puramente especulativo) franqueada desde la *epochè* fenomenológica hiperbólica. De hecho, estos *Wesen* salvajes fuera de lenguaje constituyen las “raíces” de los esbozos de sentido, de las *Wesen* salvajes de lenguaje, esquemáticamente distribuidas y no dispersadas de cualquier manera, aquello con que el lenguaje ha de toparse en tanto distinto de un puro y simple caos por cuanto se le supone estar en posición de *decir* (y no simplemente de expresar) al menos algo *otro* (y, aquí, algo radicalmente otro) que sí mismo. Por último, la dificultad no es otra, en éstas, que la de concebir que la aparición no lo es necesariamente de una figuración en intuición o de un objeto figurado; y que tal aparición puede incluso parpadear con la desaparición, allende toda figurabilidad. Esto ya lo había comprendido Husserl al decir que la “vivencia”, el fenómeno de su fenomenología, no es, a su vez, figurable. El fenómeno de lenguaje parpadea fenomenológicamente, como sostenemos, *entre* su reflexividad con ipseidad de sentido y su reflexividad sin ipseidad. Si se redujese a la primera, implosionaría de inmediato en la identidad de una significatividad. Y si se redujese a la segunda, se desvanecería en los fenómenos de mundo fuera de lenguaje. Su parpadeo fenomenológico hace que no se “atasque” en ninguno de estos dos polos: si parece atraído por el uno para desvanecerse en él, es para resurgir de él mediante lo que llamamos una reversión *instantánea* (“*revirement instantané*”) – término éste que ha de tomarse en el sentido del *exaiaphnès* del *Parménides* de Platón, que posee *estatuto* fenomenológico – volveremos sobre el particular – pero del que no hay fenomenología posible.